

Nuestra última palabra

Es propio de todo hidalgo saber cumplir el ritual prescrito por las normas que, en lo cortés, nos imponen el saludo y el respeto con caracteres de bienvenida, a toda nueva publicación que sepa y venga a cumplir con lealtad, los fines propios de una misión franca y sociable. La hermandad ha sido siempre un privilegio y, por ende, cualquier honor parece siempre poco para rendir culto a su tributo.

La Historia ha dado hombres y ha dado monstruos, como han servido a la literatura genios y perversos. Pablo Luis Courier, sin ir más lejos, quiso ya en vano intento rehabilitar el nombre que el mismo dió a sus escritos y en fe de ello es que todavía hoy la palabra panfleto, designe la pequeñez que, en cualquiera de los aspectos literarios, dicta el odio y la maledicencia. Pero más allá de lo que pudo ir el helentista y escritor francés, existe todavía el libelo que no es más que aquel escrito que, en su forma o intención denigra e infama a cosas y personas. Incluso — y solo en gracia de completar la cita — existió en jurisprudencia el Libelo de Repudio, instrumento o escritura por la cual se valió antiguamente el marido para repudiar a la mujer, dirimiendo así el matrimonio.

Todas estas consideraciones reverdecieron en nuestra memoria cuando, sin intento de expresar deseo o consentimiento de coligarlas, cayó y se cayó de nuestras manos la nueva publicación palamosense.

Todo, tanto su salida como nuestra espera, convidaba a la alegría de un júbilo capaz de conseguir los más amplios horizontes, porque somos — unos y otros — lo suficientemente bien nacidos para saber creer y esperar la dicha de toda vida ajena. Cada día resultó más imposible la inexistencia de un órgano que, similar al nuestro, a'entara la afición por un lado y fuera por el otro mutuo contrapeso que nos obligara a la tolerante comprensión en méritos de una rivalidad solo aparente. El fútbol nos separa, siendo conveniente y saludable tal separación, solo por el hecho de poder hallar luego en nuestra vecindad geográfica, las mieles de un mayor disfrute, como aliciente capaz de mantener más intactos y más firmes, los vínculos de una hermandad que solo otra Babel podrían destruir.

Y no es el tono horrorizante

con que fué escrito el primer número de «As» la forma de mejor lograr el propósito que a todos debe imponernos — y a nosotros más que a nadie —, por el solo hecho de ejercer, con miras a una mayor formación espiritual, nuestra misión periodística.

Somos responsables — colegas palamosenses — del daño que a todos puede causar la estereotipia de nuestras páginas. Por ello es intolerable señor Cramer, que no haya sido su propio gusto quien le haya privado de escribir, entre las más, frases irreverentes como esa: «*Los hijos besaban a sus padres, los padres a las madres, las madres a los amigos de los padres...*»

El periodismo, señor Cramer, aun siendo para muchos profesión, es un arte y una ciencia, como siempre, pero siempre, una decencia. De nada vale el que textualmente adviertan a sus lectores de que «*este primer número*» fuera «*escrito sin orden ni concierto*», si lo que logra es ofender y gravemente a ese público, que será peor o mejor que los demás, pero que incluso su compañero Aramis pudo dedicarle en la misma edición de marras la galanura de la frase siguiente: «*El comportamiento del público local, aparte de algunos peros, bueno. Supo digerir, sin indigestarsele, la victoria del Palamos*». Y es que nosotros — como por natural y sana reacción debería ocurrir a usted mismo — sabemos digerir con el orgullo de nuestra dignidad cualquier derrota, con la misma fuerza y serenidad con que nos lanzamos a repeler cualquier agravio. Y justo debe ser para reconocerlo, que el que acaba de inferirnos es realmente gravísimo. Incluso no dudamos que, ante la magnitud que presupone la ofensa, usted no quiso decir lo que realmente dijo, caso de que su pluma, como vemos en el resto de su escrito, respondiera a una formación de que, a todas luces, adolece. Pero no por ello se salva de la culpa. Para quien no sepa escribir, hay en el mundo tantas artes menores de que inclusive hubo sabido que, dando en la diana de la misma paradoja, llegó a concebir como profesión el tedio que mantiene cualquier vagabundo.

Sepa usted señor Cramer, como publicamente se lo decimos a su Director, que no podemos dar, cuando menos por el momento, la consabida bienvenida a una publicación que hirió la dignidad de nuestras gentes. Si la justicia

no es en ustedes suficiente para darles el valor que se precisa para rectificar, nos queda a nosotros el consuelo cuando menos, de negarles el franco saludo que siempre dictó nuestra hidalguía. No nos espanta el humor, ni menos la opinión dispar que ambos debemos mantener. Pero mientras no se corrija el yerro y siga AS por este mismo camino, prescindiremos de su existencia, tal como hacemos en la vida particular, donde cada cual, el que más y el que menos, se ha visto forzado, para compensar la maldad de tantas cosas, a prescindir incluso de las más queridas.

Desde hoy pues, y hasta tanto no se nos pruebe lo contrario, extendemos, como proclamó la antigua usanza, Libelo de Repudio, con el cual dirimimos con AS la posible correspondencia de cualquier diálogo, seguros de que el silencio continua siendo todavía, para según qué oídos, la única respuesta. — CHUT.

Nota desagradable

Acaba de llegar a nuestras manos el primer número del semanario AS, editado en Palamos. Nuestra primera impresión, antes de leerlo, ha sido de sincera satisfacción, pues no solo presumíamos que la edición en cuestión fomentaría todavía más, si cabe, la afición ya existente en nuestras vecinas poblaciones, exitando noblemente su rivalidad deportiva, sino muy especialmente porqué venía a confirmar la falsedad de unos rumores de una presunta crisis en el C. de F. Palamos, de la cual hubiéramos sido los primeros perjudicados.

Nos dispusimos pues a leer con fruición cuanto nos contase humorísticamente el portavoz de nuestros vecinos rivales y debemos manifestar que el tono agresivo e impertinente de la mayoría de su contenido nos ha profundamente decepcionado.

Cierto es que la euforia provocada por su reciente victoria sobre nuestro equipo, puede justificar, no sólo su tardía aparición, sino incluso ciertas pequeñas «indirectas» que aceptamos complacidamente como a buenos deportistas.

Observamos, sin embargo, en su conjunto, un tono de tan agria revancha, mal gusto y destemplanza que bien describe a sus «geniales» progenitores como individuos faltos de los más elementales rudimentos de cultura.

(Termina en la página 3)